ROBERT

EL

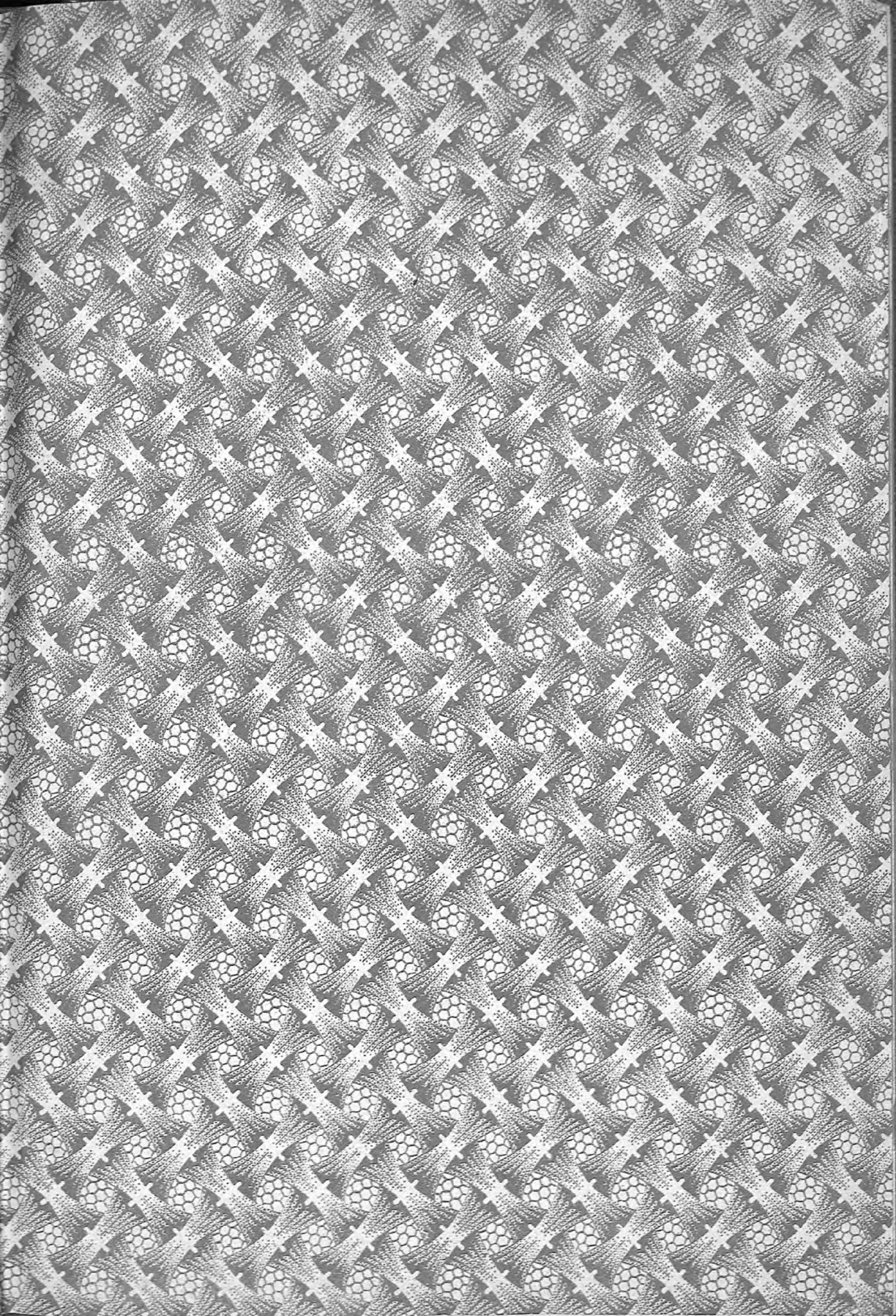
ALADE

CMAD

8591

8591

Ex LIBRIS
DE MADRID AL CIELO
Mariano Rodriguez de Rivas



V. 312
G.h
A-1110

Luis Barrot

4.500

186 pag. numer. foliad.

RC

R
31972

EL
SALADERO DE MADRID.

SU HISTORIA.

SUS COSTUMBRES.—SU ESTADISTICA.—SU ORGANIZACION.

POR

ROBERTO ROBERT.

BARCELONA.
D. I. LOPEZ BERNAGOSI, CALLE ANCHA, NÚM. 25.
1863.

Es propiedad del Editor.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro
callejon entre los núm. 21 y 23.—1863.

EL

SALADERO DE MADRID.

La cárcel del *Saladero* de Madrid no puede, ni podrá nunca, gloriarse de la celebridad adquirida por las prisiones de Estado. Pocos nombres famosos ilustran sus registros; su historia no está enlazada íntimamente con la de grandes instituciones; es posterior á las épocas de tenebrosos procedimientos y de impías torturas; ni siquiera la acompaña el prestigio de una fundacion remota.

Es cárcel formada de desechos, destinada á presos vulgares; sin los atractivos de lo desconocido, sin el encanto de la tradicion. Hombres viven hoy que la han visto convertirse en cárcel, y pueden esperar con fundamento que la verán caer y convertirse en depósito de maderas, ó en cuartel, ó cosa semejante.

Para el vulgo, pues, la cárcel del *Saladero* no ofrece nada notable.

Su aspecto no es el de una fortaleza, sino el de un edificio urbano muy moderno; á no ser por las ventanas abiertas en la fachada al ras del piso de la calle, que se cierran con reja de hierro, enrejado de hierro y postigos de hierro; á no ser por las rejas, de hierro tambien, que cierran las ventanas del piso segundo; el forastero podria entrar y salir diariamente por la puerta de Santa Bárbara, sin sospechar que pasaba por delante de la cárcel.

Y esto seria tanto mas fácil, cuanto que son muy chatas las ventanas abiertas al ras de la acera, de suerte que no las ven todos los transeuntes; y como el ancho portal está completamente abierto de dia, y el balconaje del cuarto principal es propio de casa de grandes y no de cárcel; solo un curioso muy observador podrá conocer desde fuera lo que es por dentro el edificio, fijándose en ciertos pormenores, y eso porque la desgracia y los grandes padecimientos parecen tener habla y manifestarse á despecho de toda clase de falsas apariencias.

Digámoslo de una vez: á la primera ojeada, la cárcel del Saladero se parece á muchos edificios públicos de objeto muy diferente del suyo y tambien á muchas casas levantadas en Madrid para comodidad de sus dueños.

En vez de enormes sillares, de torreones aspillerados, de fuertes almenas, de fosos y murallas, tiene un lienzo de fachada recto, enjabelgado y pintado de arriba abajo, ni mas ni menos que el Colegio Politécnico y el Teatro del Príncipe y el Casino.

En vez de grandes personajes históricos, muchedumbre oscura á quien no habrá que olvidar, porque de nadie es conocida.

Pero detrás de aquellas paredes, á otras muchas semejantes, dentro de aquel recinto vive un mundo singular.

Allí todas las pasiones, todos los estravíos.

La ruda energía, los ímpetus no domados, la codicia insaciable que ha sido torpe, la imprudente liberalidad, el arrojo que sube hasta el crímen y la flaqueza que hasta el crímen desciende: todo lo irregular existe debajo de aquel techo, que pesa como si fuera de plomo y tuvieran que sostenerle contínuamente aquellos á quienes cobija.

¡Niños de tierna edad, niños de ocho años, de limpia mirada, de rubio cabello y sedoso, asoman tal vez por una puerta entreabierta! ¡oh, qué natural, qué bello seria imaginar que á pocos pasos estaba su madre celándolos, temerosa de que se lastimaran con sus inocentes travesuras!

No. ¡¡Son criminales!!

Cree uno haberlos visto retratados á los piés de la *Concepcion* de Murillo, piensa otro que seria bien hallarlos al pié del altar esparciendo el suave olor del incienso, cantando al Señor con sus voceci-

tas melodiosas... pero *¡son criminales!* No visten el alba nítida, sino harapos mugrientos, no rezan, blasfeman; su idioma es jerga; su oficio el ocio; su placer el mal; su esperanza... ¿qué esperan los pobrecitos? ¿qué desean? ¿qué piensan?

Están presos.

No tienen voluntad ni discernimiento, pero delinquieron, segun decimos los hombres.

Criados en la miseria y la ignorancia; solicitados por la ostentacion y el fausto, que despiertan ambiciones tempranas; sin pan ni buen consejo en el hogar, sin freno ni conciencia, sin miedo; que no le tienen los inocentes á peligros de que nada saben, van á parar á la cárcel como otros son llevados al médico que sana, á la atmósfera que vivifica, al sabio profesor que cultiva el entendimiento.

Han vivido en el abandono ¡mas les hubiera valido quizás no conocer padre ni madre!

A lo menos el expósito pasa los primeros años sometido á un régimen que puede hacerle adquirir hábitos de órden; á lo menos si no halla á quien amar, trata con quien le inspira la idea del respeto; á lo menos si es voluntarioso, se le reprime; si es violento, se le sujeta; si es perezoso, se le estimula al trabajo.

Echará de menos el cariño maternal, sí; pero los desgraciados que viven años de su niñez en la cárcel ¿qué le deben al amor de la madre y al amparo del padre, ni qué porvenir pueden ofrecer á los autores de su existencia si comienzan consagrándola al oprobio?

A esos infelices no se les llama niños. El instinto popular ha inspirado á los moradores de las cárceles un epíteto tan indigno como espresivo, para designar á sus mas tiernos compañeros.

Micos les llaman, sin duda, porque en gestos y ademanes, en modo de vivir, en juegos y diversiones imitan lo que ven hacer á los hombres. Ese prurito que les mueve á fingir batallas, ceremonias solemnes y hechos, cuya magnitud y rumbo convengan al activo movimiento de la sangre y á la sed de lo maravilloso, que son peculiares á la primera edad; ese prurito, decimos, se calma tambien en ellos imitando el hurto cauteloso y arriesgado, la valentía y prepotencia en la pelea, la largueza en gastar y la sangre fria para perder dinero al juego.

Todos los estravíos se inoculan con admirable facilidad en aquellos desdichados.

Todos quieren parecer audaces, obcecados, pendencieros como los presos barbados, y es harto frecuente ver á dos presos de diez años denostarse mútuamente ante una niña de su misma edad, como si en efecto cupiesen en ellos el amor al sexo y la pasion de los celos.

Ese prurito de imitacion se les desarrolla en la cárcel, en la direccion que vamos indicando, hasta un extremo al parecer increible; así se les ve anticiparse en todos los afectos ciegos: en sus semblantes antes que el pudor asoman los indicios de la concupiscencia, píntanse los estragos de las bebidas fuertes; y el desenfado de que hacen gala y la dureza de que blasonan para los trabajos que puedan sobrevenirles, forman un conjunto monstruoso, asombran á quien los mira y estremecen de escándalo á quien los oye.

Su aspecto no inspira lástima al comun de la gente.

La cárcel suele prestarles ciertas prendas de abrigo; pero esas prendas, blusa ó camisola, camisa ó pantalon, no siempre alcanzan para todos y suelen andar medio vestidos, nada aseados, rotos, y lo poco que visten, sobre estar mal tratado, no cuadra al talle ni á las formas del que lo usa.

Hubo un tiempo, no remoto, en que esos niños vivian confundidos y revueltos con los presos de mayor edad: imagine el lector los horrores de que serian testigos, víctimas y cómplices, pensando en las vergonzosas miserias de que son teatro ciertos colegios de enseñanza muy vigilados.

Personas sensatas, personas de buen corazon, que de intento ó por casualidad visitan á los niños presos, salen de la cárcel mas bien poseidos de horror que de lástima hácia ellos, y si se enteran de sus fechorías, crece de punto la repugnancia y repulsion que les inspiraron.

No es estraño.

Todos aquellos niños antes de entrar en el Saladero han incurrido en ciertas faltas. Háseles reprendido una y otra vez, pero no se les ha puesto en el caso de que les fuera imposible la reincidencia. Incítales la edad; aconséjales dañosamente el mal ejemplo, sóbranles las ocasiones, sus padres, siempre menesterosos y cegados por la

ignorancia, cuando no por el vicio, son impotentes para atajar el daño.

La impunidad y la ineficacia de los correctivos, los camaradas y la natural inclinacion, dan sus amargos frutos.

De suerte que esos niños cuando entran en la cárcel están ya acostumbrados á la vida vagabunda, á castigos inoportunos y estériles, á reincidir impunemente, á oir celebrar con admiracion raterías ingeniosas, robos atrevidos, navajazos de maestro, burlas sangrientas, venganzas terribles.

Ellos son parte obligada del escandaloso cortejo que acompaña al Campo de Guardias á los reos de muerte; ellos miran con envidia el ropaje encarnado de los que tocan la campanilla de la Paz y Caridad; entran y salen por la taberna donde se reunen los malhechores de su barrio; ellos saben de memoria los versos mas gráficos de los romances de ajusticiado ó *de ahorcado,* como dicen todavía: al ver su vida, al conocer sus propensiones, al examinar su conducta, nos convencemos de que el crímen tiene gran potencia de atraccion sobre el ocio y la ignorancia.

¿Y se puede culpar á aquellos niños del ocio y la ignorancia en que viven? ¿Se les puede culpar de que en tan tierna edad no se propongan ellos mismos combatir sus malas inclinaciones? ¿Se les puede culpar de lo que se hayan maleado con los espectáculos que con frecuencia ocupan su atencion?

Lo cierto es que el curioso al visitar la cárcel y el departamento de los *Jóvenes*, se encuentra con muchachos desmoralizados, duchos en toda suerte de picardías, que se burlan de la palabra justicia y desprecian á la sociedad que nada ha hecho por ellos.

Hacen alarde de truhanerías, prefieren el *caló* al castellano, aguzan el rabo de su cuchara de madera y se hieren con ella manejándola á modo de navaja.

Una ó dos veces á la semana les entretiene un par de horas algun individuo de la compañía de San Vicente de Paul, que gratuitamente les esplica como Dios es trino y uno y como se pudo verificar la Encarnacion del Hijo.

De cuando en cuando las circunstancias de aquel especial establecimiento consienten que se les dé maestro de primeras letras, y sien-

do por lo comun corta la estancia de los niños en la cárcel, suelen recobrar la libertad cuando saben el silabeo.

Los que salen por primera vez libres, son reclamo seguro para los que todavía no han entrado, á quienes describen el interior de la cárcel con su pintoresca imaginacion. Ellos cuentan cómo vencieron el disgusto de las primeras horas; cómo se procuraron familiarizar con las novedades que les rodeaban; quiénes eran sus amigos y sus enemigos; qué cara tiene el preso mas notable; qué jugarretas se hacen unos á otros, y mil pequeñeces que les dan importancia á los ojos de los que les rodean.

¡Cuántos niños de esos se habrian salvado si en el seno mismo del hogar no se les hubieran facilitado los medios de pervertirse!

Es un lugar comun de la conversacion familiar lo de lamentarse de los vanos esfuerzos del hombre honrado, completando esta observacion con la prosperidad de los poco escrupulosos.—Los niños lo oyen, no disciernen, pero obran.

Despues que han adquirido malos hábitos y peores inclinaciones, son cogidos en una falta grave y los llevan á una cárcel poblada de hombres avezados al crímen.

¿Qué pueden aprender allí? ¿Es correccion, es castigo, es justicia colocar á esos niños en una cárcel? Allí tienen de seis á ochocientos maestros en todo género de infamias, que conciertan planes, recuerdan sucesos, ensalzan rasgos abominables, se rien del arrepentimiento y envanecen con insensatos elogios á aquellos mismos niños que en impudencia y temeridad sobrepujan á sus compañeros.

Así los curiosos visitadores de la cárcel no ven en ellos niños como los demás, sino mónstruos.

La independencia y el trato que sostienen redoblan su precocidad; el amor propio endurece su obcecacion; una de las pocas ideas que les avergüenzan es «ser menos que otro.»

Así, al salir por primera vez de la cárcel, se llenan de vanidad pensando en el prestigio que van á ejercer sobre sus compañeros de travesuras, y estiman como un beneficio de la suerte la experiencia que han adquirido y les servirá «*para otra prision.*»

Un amigo nuestro que defendió á uno de esos delincuentes prisioneros, despues que obtuvo su absolucion, trató de impresionarle vi-

vamente haciéndole ver la indignidad y las graves consecuencias del crímen. Comenzábale á ponderar la suerte que le cabria si por desgracia llegaba á reincidir, y el niño le interrumpió con viveza diciendo:—Otra vez lo negaré todo.

Esta es la medida de la eficacia de la cárcel.

En ese mundo abreviado se encuentran criaturas que ó tienen hecha resolucion irrevocable de vivir y morir en el mal, ó persisten en él por la fuerza de algo superior á su voluntad y su conciencia.

No es raro ver entrar en el recibimiento de la cárcel á un muchacho de diez á doce años; preguntar con desparpajo si su amigo Fulanito está *en encierros*, y encargar que de su parte se le entreguen viandas, tabaco ó manta para abrigarse, y aun espera que el mozo vaya y vuelva para cerciorarse de que se ha cumplido con su encargo y saber si algo pide el preso.

A veces no es un muchacho, es una muchacha quien, desenfadada ó llorosa, luchando con un asomo de pudor ó sobreponiéndose á toda flaqueza femenil, va á enterarse de la suerte del pobre preso y á ofrecerle su miseria.

En la cárcel del Saladero, los presos que no pertenecen á los *Patios* tienen casi todo el dia abierta la comunicacion con la gente de afuera.

Los niños, es decir, los que ocupan el *Departamento de los Jóvenes*, situado en el piso mas alto, van y vienen por los pasillos del piso principal, ya para el trasiego de paja para los *petates* (que este nombre tienen las camas de la cárcel), ya para traer y llevar anea, cuando los dedican á componer sillas, ya para ayudar á la limpieza ó á las faenas de la cocina, cuando no con alguno de sus infinitos pretextos; pues son aficionados á tratar con los mayores y servirles, sobre todo á los de mas nota, y se deleitan oyendo chascarrillos carcelarios ó las circunstancias de algun delito singular ó reciente.

En este trato adquieren relaciones con gente que puede serles útil dentro y fuera de la casa; y en efecto, los hay que se encariñan con un hombre y le buscan al recobrar la libertad y le ausilian en sus arriesgadas empresas compartiendo la próspera y la adversa fortuna.

Mientras no valen para cosas mayores, son correos, santeros, espías, ojeadores, noticieros: es decir, que llevan y traen recados entre la gente que concierta golpes de mano; observan á que hora entran

y salen de su casa las personas contra quienes se trama un delito; se enteran de circunstancias que el autor principal no debe examinar por sí mismo, ya para no despertar sospechas antes, ya para que despues el recuerdo de su persona no sirva de indicio; corren con el aviso cuando repentinamente hay que cambiar de escondrijo un efecto robado; y se les debe esta justicia: suelen guardar fiel y lealmente las prendas de valor que en lances apurados se les confian.

Apostados en la esquina de una calle donde sus maestros y protectores acometen una hazaña, no haya temor de que se pierda por su falta de advertencia.

El tierno cómplice de aquella maldad, creeria deshonrarse si por torpeza suya dejase de ser robada una familia que ni le da pan ni fomenta sus gustos, y que de seguro le miraria con repugnancia, si no con desprecio, al encontrarle al paso.

Bien guardada está la esquina.

Si acierta á pasar una persona y el centinela no distingue á primera vista quien sea, se le acercará á preguntarle la hora, á pedirle limosna ó bien lumbre para encender una colilla, hasta averiguar si es ó no de la casa donde se perpetra el delito.

Tiene convenidas con los perpetradores las señas con que debe darles á entender lo que ocurra.

Para avisar que viene un vecino de la misma casa, pero no del domicilio violado, por ejemplo, debe fingir con grandes voces que llama á un compañero; para avisar cosa distinta finge llamar á una mujer; para indicar otro caso echa una copla, ó media copla, ó grita el desdichado «¡madre, madre!»

Los hay entre ellos muy sagaces, muy discretos. Criminales expertos, al verlos en los pasillos de la cárcel, les saludan como saluda el veterano á un compañero de armas bien probado.

Los dias de comunicacion oficial para los *Jóvenes* son los domingos. Reciben en su departamento, compuesto de vastas habitaciones, en verdad poco habitables. Da frio penetrar en ellas.

El enladrillado del piso está echado á perder; las paredes sucias, llenas de monigotes dibujados (si así puede decirse), con carbon. La mayor parte del año sus jergones son como sus vestidos, y no cabe ponderacion mayor.

Acompáñales la miseria al entrar, y no les deja, antes se aumenta dentro con la de sus compañeros.

Visítanles á algunos sus madres ó parientas; que casi siempre son mujeres quien mas cariño les muestra; á la generalidad se les ve hablar con amigos ó novias.

Hemos creido observar que las visitas oficiosas son de lo que mas enoja á los jóvenes presos. Quizás sea porque la estancia en la cárcel crea hábitos y necesidades que ni son fáciles de esplicar ni de ser comprendidas, y la conversacion egoista de un curioso irrite al que nota ó supone en él villana indiferencia ó siquiera ofensiva tibieza para el pobre que carece de la preciada libertad.

Con los cómplices, con los compañeros de aventuras sucede todo lo contrario. Un dia de visita es un dia de grata expansion. El amigo le cuenta al preso lo único que le interesa y comparte con él sus sensaciones. Le dice cómo queda el barrio; qué piensa de su prision; quién le murmura y quién le defiende; en qué pasan el dia los de su caterva; si le han recomendado al escribano; el preso en cambio le esplica cómo declaró, qué le preguntaron, lo que experimentó al verse encerrado en un calabozo (y si ha llorado se lo calla); qué rancho le dan; qué costumbres hay en la cárcel, y le entera de cuanto sabe con tanta minuciosidad, pero con mas animacion que los cicerones al referir al viajero las particularidades de un gran edificio público.

Las muchachas suelen llevar algo que sirva de merienda, y por regla general una cajetilla de tabaco picado y un librillo de papel de *La Pantera*.

Unos formando corro disputan sobre quien ha cometido mas actos dignos de alabanza; otros escuchan atentamente el relato de los hechos de uno que se fugó librándose de una larga condena; otro grupo solemniza con risotadas una chocarrería feroz, inspirada por la hopa; obscenidades y violencias, rasgos de malicia y osadía; propósitos de delinquir, manifestaciones de desprecio á las leyes y á la familia..... ¡ninguno de aquellos desdichados tiene mas de diez y siete años!

Tal vez, sentados en un rincon, lejos de la muchedumbre, hablan en voz baja uno de los jóvenes y su madre ó su hermana.

Habla un corazon puro, una voz preñada de lágrimas, un gesto es-

presivo; hablan unas miradas de entrañable cariño; habla una vehemencia loca; prodigando palabras de compasion, consejos nobles, consuelos inefables. Evoca el recuerdo de generaciones honradas; encarece la vergüenza de toda una familia; augura temerosa un porvenir de oprobio y se despedaza el corazon al ver su impotencia contra la mala ventura.

¿Quién sabe lo que pasa en el alma del que la escucha?

Si el encanto de la virtud le rodease de dia y de noche; si aquel prestigio le dominase contínuamente sin consentirle que volviera los ojos á otra parte ni resonasen en sus oidos otras voces.....

Pero al caer la tarde se despide á las visitas que no volverán hasta pasados ocho dias, si pueden; toda la semana la pasará el preso con los presos, el delincuente con los delincuentes, podrá ser que el bueno resista aun á la accion de aquella atmósfera; pero es indudable que el pecaminoso se irá pervirtiendo.

Los dias que no son de visita suelen asomarse los Jóvenes á las rejas de su departamento que caen á la ronda. Desde allí, encaramados suelen hablar con sus compañeros que les llaman á voz en grito para que se asomen, cuando tienen recado ó noticia urgente que darles, y aun mas de una vez llama una muchacha á uno de ellos, solo para preguntarle cómo está y prometerle volver el domingo próximo.

En Madrid es extraordinario el número de muchachos callejeros que dan el contingente al sitio de que tratamos.

Fuera de los muchísimos que compran y venden objetos que nada valen, hay no pocos que ni siquiera tienen el pretesto de una industria aparente.

Unos pasan el dia y la noche pordioseando, comiendo las sobras del rancho á la puerta de los cuarteles, merodeando en los mercados y plazuelas, abriendo las portezuelas de los carruajes á la hora de salir de los teatros, revolviéndose en todo sitio de gran concurrencia, durmiendo entre montones de ripio, jugueteando á orillas del rio y por las afueras de los puentes de Segovia y de Toledo.

Los banqueros de lotería que se improvisan en la alameda de la Vírgen del Puerto, los gimnastas que trabajan al aire libre, los madrugadores que embaucan á los paletos con su habilidad en manejar

la baraja; todos los que reunen á su alrededor á muchos curiosos interesando su atencion y su dinero, atraen á gran número de muchachos, cuya ociosidad, malamente consentida, les lleva paso á paso á la cárcel.

Hemos dicho ya que en el departamento de Jóvenes no hay ninguno que pase de los diez y siete años.

En efecto, los presos de mas edad están repartidos entre los demás departamentos.

La única division algo racional de la cárcel del Saladero consiste en la que separa á los jóvenes de los hombres.

No es perfecta esta division, supuesto que todos están en contacto demasiado frecuente, y en todos los departamentos el simple acusado vive en comunidad con el culpable, aunque este haya sufrido una y mas condenas de presidio.

. . . . . .

Los hombres que ocupan la mayor parte del edificio, son aquellos niños mismos, que crecieron en el abandono y perseveraron en el mal.

¡Qué mundo tan estraño, tan lleno de maravillas!

Allí, aunque estraviados y pervertidos, están vivos todos los nobles afectos.

Ya suponemos que habrá quien nos tache de paradójicos; ya sabemos tambien que hoy se espera con impaciencia que un escritor demócrata asiente la pluma sobre el papel pidiendo justicia para cualquier desgraciado, y en seguida se le acusa de preconizador de infamias, de amparador de malvados.

No nos importa.

Hemos dicho que en aquel mundo están vivos todos los nobles sentimientos, porque los hemos visto manifestarse.

Allí lo que no hay es freno, ni órden, ni continencia.

El exagerado aprecio de sí mismo, la pasion del amor, los celos, venganzas de agravios ciertos, ignorancia y miseria..... todo eso y mas puede concurrir á llenar una cárcel mas espaciosa aun que la de la corte de España.

Todas aquellas enfermedades crónicas podian haberse curado á tiempo: el paciente nada sabia de su mal; el médico lo veia crecer y apoderarse del individuo, y ¿qué hizo para atajarlo? Ponerle entre leprosos.

Así hace el mundo cuando castiga las faltas de los niños encerrándoles en una cárcel con criminales endurecidos.

Al entrar un preso en el Saladero, su pelaje es lo que principalmente decide de su suerte.

Si no tiene con que pagar tres ó cinco reales diarios por el alquiler de un cuarto, mezquino para un hombre solo, y donde generalmente tienen que vivir dos, baja á los calabozos subterráneos, cuyas altas ventanas, son las que, segun dijimos al principio, abren en la fachada principal, al ras del suelo.

En esos calabozos hay unas tarimas corridas á lo largo de las paredes. En ellas coloca cada preso su lio de ropa, si la tiene, y su petate, todo lo cual debe colgar por las mañanas, al advertirle la campana que es hora propia para que todo preso deje de tener sueño.

Dentro del calabozo se duerme, se come y se pasa la velada.

Las horas de esparcimiento se pasan en un patio abierto, que no pueden escalar los presos. Aquellas paredes lisas y áridas no tienen mas aberturas que las que dan luz á los pasillos del piso principal, desde donde se puede acechar todo cuanto hacen los que están en los patios.

En esos patios está la fuente donde se asean y aun se lavan algugunos la ropa, dando su cuerpo al aire y al sol mientras se está secando.

En los patios tambien juegan á la pelota, á los naipes y á las tabas, y tratan de sus negocios particulares los que no quieren llamar la atencion de los compañeros.

Hay costumbres y particularidades comunes á todas las cárceles, por cuyo motivo no seremos muy minuciosos en aquello que, por curioso que sea, podria fatigar al lector con su repeticion en un libro como el presente.

Sabemos, por ejemplo, que en la cárcel del Saladero no transcurre un mes sin que circule muy acreditada la noticia de que en breve se va á dar un indulto que comprenda á gran parte de los presos.

El deseo y la necesidad hallan al hombre siempre crédulo para lo que le conviene; por eso no debe maravillarse nadie de que mil veces se desmienta la noticia y otras mil veces sea acogida como indudable.

Esta es una de las particularidades que suponemos comunes á to-